

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Una mirada desde el Sur.

Elías Gabriel Quinteros.

Cita:

Elías Gabriel Quinteros (2015). *Una mirada desde el Sur. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/119>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA MIRADA DESDE EL SUR

Elías Gabriel Quinteros

Abogado (UBA)

eliasquinteros@hotmail.com

América ingresó en la *historia* sin una identidad propia. En un principio, fue confundida con Asia. Después, cuando este error fue subsanado, fue bautizada con el nombre de un europeo. Y, por último, fue concebida según la visión de los que la recorrieron y la describieron en sus mapas, en sus textos y en sus ilustraciones. Siempre fue tratada por Europa como un objeto de conocimiento, conquista, dominación y expoliación que fue descuartizado como el cuerpo de Túpac Amaru. La modificación de esta circunstancia —que revela la presencia de un proceso de coloniaje cultural que se desarrolló bajo la influencia de la proposición *civilización y barbarie*—, requiere —entre otras acciones—, un cambio de perspectiva como la asumida por Joaquín Torres García, Arturo Jauretche o, más recientemente, el Instituto Geográfico Nacional. Por otra parte, tal modificación también exige la práctica del revisionismo histórico, el reconocimiento y la revalorización de lo propio, la implementación de pedagogías que sean latinoamericanas y la concreción de la integración continental. En caso contrario, América no dejará de ser ese cuerpo descuartizado. Ni dejará de tener su columna rota.

Civilización – Barbarie – Mirada – Revisionismo – Pedagogía

I

En mayo de 1781, en Cuzco, el visitador José Antonio de Areche condenó “a José G. Túpac Amaru, á que sea sacado á la plaza principal y pública de esta ciudad, arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presencie la ejecución de las sentencias que se diesen a su mujer, Micaela Bastidas, á sus dos hijos, Hipólito y Fernando Túpac Amaru, á su tío Francisco Túpac Amaru, y á su cuñado Antonio Bastidas, y algunos de sus principales capitanes y auxiliares de su inicua y perbersa intención o proyecto, los cuales han de morir en el propio día, y concluidas estas sentencias, se le cortará por el verdugo la lengua, y después amarrado o atado por cada uno de los brazos o pies, con cuerdas fuertes y de modo que cada una de estas se pueda atar, ó prender con facilidad a otras que prendan de las cinchas de cuatro caballos; para que, puesto de este modo, ó de suerte que cada uno de estos tire de su lado,

mirando á otras cuatro esquinas, opuestas de la plaza, marchen, partan o arranquen á una voz los caballos, de forma que quede dividido su cuerpo en otras tantas partes, llebándose este, luego que sea hora, al cerro o altura llamada de Picchu, á donde tuvo el atrevimiento de venir á intimidar, citiar, y pedir que se le rindiese esta ciudad, para que allí se quemase una hoguera, que estará preparada, echando sus cenizas al aire, y en cuyo lugar se pondrá una lápida de piedra que exprese sus principales delitos y muerte, para solo memoria y escarmiento de su execrable acción. Su cabeza se remitirá al pueblo de Tinta para que estando tres días en la horca, se ponga después en un palo a la entrada más pública de él: uno de los brazos al de Tungasuca, en donde fue casique, para lo mismo, y el otro para que se ponga y ejecute lo propio en la capital de la provincia de Carabaya: enviándose igualmente, y para que se observe la referida demostración, una pierna al pueblo de Libitaca en la de Chumbivilcas, y la restante al de Santa Rosa en la de Lampa, con testimonio y orden a los respectivos corregidores, o justicias territoriales, para que publiquen esta sentencia con la mayor solemnidad por bando, luego que llegue á sus manos, y en otro igual día todos los años subsiguientes: de que darán aviso instruido a los superiores gobiernos, y quienes conocen dichos territorios. Que las cosas de este sean arrazadas ó batidas, y saladas a vista de todos los vecinos del pueblo ó pueblos donde las tuviesen. Que se confisquen todos sus bienes, á cuyo fin se dá la correspondiente comisión a los jueces provinciales. Que todos los individuos de la familia, que hasta ahora no han venido, ni vinieran á poder de nuestras armas, y de la justicia que suspira por ellos para castigarlos con iguales rigurosas y afrentosas penas, queden infames e inhábiles para adquirir, poseer u obtener de cualquier modo herencia alguna o sucesión, si en algún tiempo quisiesen, o hubiese quienes pretendan derecho á ella. Que se recojan los autos seguidos sobre su descendencia en la expresada Real Audiencia, quemándose públicamente por el verdugo en la plaza pública de Lima, para que no quede memoria de tales documentos: y de los que se le hubiese en ellos testimonios, se reconocerá y averiguará á dónde paran sus originales, dentro del término que se asigne, para la propia ejecución [...]"¹.

II

Unos días más tarde, en la plaza de la ciudad, quienes tenían la responsabilidad de ejecutar la sentencia ejercieron su rol con idoneidad. José Gabriel Túpac Amaru, el hombre que había desafiado el poder de la corona española, presenció los padecimientos de los desdichados que perdieron la vida antes que él. Y, en consecuencia, vio, entre otros, los ajusticiamientos de su cuñado Antonio, de su tío Francisco, de su hijo Hipólito y de su mujer Micaela. To-

do fue un espectáculo dantesco. Los representantes de la ley ahorcaron a Antonio Bastidas. Privaron a Francisco Túpac Amaru de su lengua. Y, después, lo colgaron. Dieron a Hipólito Túpac Amaru un tratamiento que coincidió con el otorgado a Francisco. A semejanza de lo realizado con los dos anteriores, separaron a Micaela Bastidas del órgano que le permitía hablar. La sometieron inútilmente a los horrores del garrote. Intentaron ahorcarla con unas cuerdas que fueron colocadas alrededor de su cuello. Y, por último, la patearon en sus pechos y en su estómago, hasta que la vida abandonó su cuerpo. Luego, agarraron a José Gabriel Túpac Amaru. Como en los casos precedentes, le quitaron la lengua. Lo colocaron en el suelo. Lo ataron de acuerdo a lo especificado en la sentencia, dejándolo sobre ese suelo, con sus manos y sus pies unidos a cuatro lazos que, a su vez, estaban unidos a cuatro caballos. Lo obligaron a soportar las fuerzas que eran ejercidas por esos equinos, mientras tiraban de esos lazos en direcciones opuestas. Y, como no moría, lo decapitaron. Tras esto, separaron los brazos y las piernas del torso. Hicieron lo mismo con el cuerpo de Micaela. Trasladaron los restos de ambos hasta Picchu. Los arrojaron a una hoguera. Y los incineraron con lentitud. Finalmente, lanzaron las cenizas al aire para que el viento no dejase ningún vestigio de ellas sobre la faz de la tierra. Las contemplaron con atención, mientras se dispersaban poco a poco. Y, en un momento de ingenuidad, creyeron que habían garantizado su poder de una manera efectiva y permanente. A todas luces, podemos calificar a lo sucedido en esa ocasión como uno de los crímenes más espantosos de la historia americana. Podemos equiparar el descuartizamiento del cuerpo de José Gabriel Túpac Amaru con el descuartizamiento de América. Y, además, podemos considerar al primero como un símbolo del segundo o, con más propiedad, como un símbolo del proceso de división que fue promovido y preservado, según las circunstancias, por españoles, portugueses, ingleses, franceses, holandeses y estadounidenses.

III

América existía desde que había adquirido la conformación de un continente por la mano de Dios o de la Naturaleza. Pero, los europeos no lo sabían. Para ellos, el Atlántico era lo único que había entre las costas occidentales de Europa y las costas orientales de Asia. Por eso, los que llegaron a América consideraron que habían arribado a una región china, japonesa o india. Después, con el paso del tiempo, comprendieron su error. Percibieron que el mundo no se reducía a Europa, Asia y África. Consideraron que habían descubierto un continente nuevo. Y bautizaron a dicho continente con el nombre de un florentino. Es decir, América apareció de golpe, cuando nadie lo esperaba, en un sitio que, según los *entendidos*, no conte-

nía nada, a excepción de una cantidad impresionante de agua. Desde el principio, no poseyó una identidad propia. En un primer momento, fue confundida con una extensión asiática. Y, luego, fue considerada como una entidad que había iniciado su existencia con el arribo de las *tres carabelas* de Cristóbal Colón. Esta particularidad selló su destino. A partir de ese instante, tuvo la identidad atribuida por los europeos. O, dicho de otra forma, tuvo la identidad atribuida por los seres que la *habían descubierto* y que, por lo tanto, habían adquirido los derechos necesarios para nombrarla, conquistarla y explotarla². Según los mapas elaborados en los siglos XVI y XVII, América configura una realidad imprecisa. En la mayoría de los casos, sólo es una línea que reproduce con suerte dispar la forma de sus costas y que, además, encierra o trata de encerrar la inmensidad de su interior: un interior que, a veces, está vacío, y que, a veces, está cubierto por figuras humanas o no que revelan la imaginación de su dibujante. Tal característica también se encuentra presente en los textos y en las ilustraciones de los individuos que recorrieron el continente como militares, sacerdotes, comerciantes, científicos, aventureros o espías. Poco a poco, en las tabernas portuarias, en las plazas comerciales y financieras, en las universidades, en las catedrales y en los palacios reales, el poder de la mente convirtió a las fantasías más absurdas en verdades incuestionables. Y, por esta razón, América se transformó en una tierra misteriosa que albergaba seres extraños, riquezas fabulosas, fuentes que otorgaban la juventud eterna, etc. Es cierto. Las características físicas de los pobladores locales, la existencia de una flora y una fauna desconocidas, y el oro y la plata de los aztecas y los incas, entre otras cosas, contribuyeron a alimentar la fantasía de los europeos: una fantasía que desdibujó el aspecto del continente conforme las creencias, los prejuicios y los deseos que impregnaban el ambiente del *Viejo Mundo*. Mas, no podemos responsabilizar a los habitantes originarios de América por esta cuestión.

IV

Para el sujeto de la *modernidad* —reflejo de las creaciones artísticas de Leonardo da Vinci, Miguel Angel y Rafael; de los cuestionamientos teológicos de Martín Lutero; de las investigaciones científicas de Nicolás Copérnico, Galileo Galilei e Isaac Newton; de los viajes de Cristóbal Colón; de las conquistas militares de Hernán Cortés y Francisco Pizarro; de las reflexiones filosóficas de René Descartes; y del pensamiento político de Thomas Hobbes—; América fue un objeto de conocimiento, de conquista, de dominación y de expoliación. En un comienzo, tuvo la misión de transferir a Europa, sus recursos naturales, de un modo seguro y barato. Después, agregó la de recibir los bienes que —tras ser elaborados al otro lado del

Atlántico, con los recursos extraídos de su territorio—, no eran demandados por los mercados europeos. Y, luego, sumó la de acoger los capitales que estaban ociosos en las plazas financieras más importantes e influyentes, o sea, la de contraer empréstitos que, lógicamente, implicaban el pago posterior, regular e interminable de los correspondientes intereses. Esta circunstancia, la de estar destinada a satisfacer las demandas de Europa en detrimento de las propias, la redujo a una situación de subordinación y dependencia que le negó el derecho de tener un lugar en la historia. Respecto de lo dicho, en *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Georg Wilhelm Friedrich Hegel escribió: “*La historia universal va de Oriente a Occidente. Europa es absolutamente el término de la historia universal. Asia es el principio*”³. Según tal apreciación, América sólo tenía un camino. Tenía que ser como Europa. O, mejor dicho, tenía que ser una prolongación de Europa. Relacionado con esto, en *Manual de zoncetas argentinas*, Arturo Jauretche expresó: “*En tren de clasificación, la zonceta de Civilización y barbarie es una zonceta intrínseca, porque no nace del falseamiento de hechos históricos ni ha sido creada como un medio aunque después resultase el medio por excelencia, ni se apoya en hechos falsos. Es totalmente conceptual, una abstracción antihistórica, curiosamente creada por gente que se creía historicista, como síntesis de otras abstracciones*”. “*Plantear el dilema de los opuestos Civilización y barbarie e identificar a Europa con la primera y a América con la segunda, lleva implícita y necesariamente a la necesidad de negar América para afirmar Europa, pues una y otra son términos opuestos: cuanto más Europa más civilización; cuanto más América más barbarie; de donde resulta que progresar no es evolucionar desde la propia naturaleza de las cosas, sino derogar la naturaleza de las cosas para sustituirla*”⁴.

V

Como consecuencia de lo anterior, la reivindicación de lo propio, de lo nacional y de lo popular resulta imprescindible. Por algo, en *Nuestra América*, José Martí escribió: “[...] *El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país* [...]”⁵. Sin embargo, debemos tener cuidado. Nunca debemos olvidar que estamos en medio de un contexto. Y, por tanto, debemos comprender que un desarrollo de corte nacional es imposible sin una unidad, una integración y un desarrollo de carácter continental. Esto último, concebido como un proceso que supere o intente superar las limitaciones de lo local, requiere el libramiento de una batalla cultural. Y, a su vez, el libramiento de esta batalla exige la desarticulación del coloniaje pedagógico que atenta contra tal unidad y la observación de la realidad desde un punto

de vista que contemple y concilie los intereses de las naciones que conforman el continente. Dicha empresa equivale a ver las cosas desde el *sur*: no entendiendo a esta palabra como algo que tiene una connotación geográfica, sino como algo que tiene una connotación ideológica que cuestiona el pensamiento del *norte*, o sea, el pensamiento que obstaculizó cualquier intento de unidad, durante doscientos años. Hace tiempo, en el siglo XIX, en *Sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización*, Bernardo Monteagudo manifestó: “Esta rápida encadenación de escollos y peligros muestra la necesidad de formar una liga americana [...]”. “Esta obra pertenece a un congreso de plenipotenciarios de cada Estado que arreglen el contingente de tropas y la cantidad de subsidios que deben prestar los confederados en caso necesario. Cuanto más se piensa en las inmensas distancias que nos separan, en la gran demora que sufriría cualquier combinación que importase el interés común y que exigiese el sufragio simultáneo de los gobiernos del Río de la Plata y de Méjico, de Chile y de Colombia, del Perú y de Guatemala, tanto más se toca la necesidad de un congreso que sea el depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados; y que pueda emplear a ambas, sin demora, donde quiera que la independencia esté en peligro”⁶. Y, ciento cincuenta años después, aproximadamente, en *El proyecto nacional. Mi testamento político*, Juan Domingo Perón advirtió: “Lo repito una vez más: ‘El año 2000 nos encontrará unidos o dominados’. Nuestra respuesta, contra la política de ‘dividir para reinar’ debe ser la de construir la política de ‘unirnos para liberarnos’”⁷.

VI

La ubicación de América del Sur en el centro de un planisferio del Instituto Geográfico Nacional, que adoptó la proyección cartográfica de David A. Aitoff, representa un cambio de perspectiva superlativo que incide sobre la visión del mundo, por parte de los argentinos. Ciertamente, la imagen del planeta varía de un modo notable si lo observamos con nuestros ojos, desde nuestra posición, en lugar de hacerlo con ojos ajenos que lo observan desde la suya. Es verdad. El cambio de las realidades nacional y continental requiere más que eso. Sin embargo, tal cambio no es posible sin un cambio de perspectiva. Acaso, ¿podemos identificar y defender nuestros intereses si no vemos al mundo desde una posición que nos permita efectuar su identificación y su defensa? Sin duda, la imagen de este planisferio resulta inquietante. Al contemplarlo, vemos el Océano Atlántico hacia la derecha de América, una Europa pequeña y un Africa grande más allá de este océano, un Asia comprimida contra el borde del mapa y, debajo de las tierras asiáticas, el Océano Indico. Asimismo, divisamos un Océano Pacífico

inmenso hacia la izquierda de las tierras americanas, el borde opuesto de Asia más allá de las aguas oceánicas y, debajo de dicho borde, Oceanía y, en especial, Australia. Es una visión extraña. El mundo está rodeado por Asia. Y tiene a América en el centro. A su vez, América es una extensión de tierra que se encuentra rodeada por agua (el Océano Atlántico y el Océano Pacífico), y por hielo (el Polo Norte y el Polo Sur). Al realizar esto, comprendemos, casi de inmediato, que estamos tan acostumbrados a ver el mundo desde una perspectiva eurocéntrica, gracias a quienes nos sometieron exitosamente a un proceso de colonización cultural, que nos sentimos incómodos al verlo desde una perspectiva que no es la habitual. Dicha acción no carece de antecedentes. Entre ellos, podemos citar el de Joaquín Torres García (pintor uruguayo que dibujó a América del Sur con su extremo austral hacia arriba porque consideraba que nuestro norte era el *Sur*); y el de Arturo Jauretche (ensayista argentino ya citado que explicó que la visión geográfica y la visión política cambiaban totalmente, si invertíamos un globo terráqueo y mirábamos al mismo desde el Polo Sur). Cada uno, en su momento, planteó la necesidad de modificar el punto de vista, a fin de ver la realidad desde una perspectiva *americana* o, si se prefiere, *americocéntrica*.

VII

En *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano dijo: “*A carga de lanza o golpes de machete, habían sido los desposeídos quienes realmente pelearon, cuando despuntaba el siglo XIX, contra el poder español en los campos de América. La independencia no los recompensó: traicionó las esperanzas de los que habían derramado su sangre. Cuando la paz llegó, con ella se reabrió el tiempo de la desdicha. Los dueños de la tierra y los grandes mercaderes aumentaron sus fortunas, mientras se extendía la pobreza de las masas populares. Al mismo tiempo, y al ritmo de las intrigas de los nuevos dueños de América Latina, los cuatro virreinos del imperio español saltaron en pedazos y múltiples países nacieron como esquirlas de la unidad nacional pulverizada. La idea de «nación» que el patriciado latinoamericano engendró se parecía demasiado a la imagen de un puerto activo, habitado por la clientela mercantil y financiera del imperio británico, con latifundios y socavones a la retaguardia. La legión de parásitos que había recibido los partes de la guerra de independencia bailando minué en los salones de las ciudades, brindaba por la libertad de comercio en copas de cristalería británica. Se pusieron de moda las más altisonantes consignas republicanas de la burguesía europea: nuestros países se ponían al servicio de los industriales ingleses y de los pensadores franceses. ¿Pero qué «burguesía nacional» era la nuestra, formada por los*

terratenientes, los grandes traficantes, comerciantes y especuladores, los políticos de levita y los doctores sin arraigo? América Latina tuvo pronto sus constituciones burguesas, muy barnizadas de liberalismo, pero no tuvo, en cambio, una burguesía creadora, al estilo europeo o norteamericano, que se propusiera como misión histórica el desarrollo de un capitalismo nacional pujante. Las burguesías de estas tierras habían nacido como simples instrumentos del capitalismo internacional, prósperas piezas del engranaje mundial que sangraba a las colonias y a las semicolonias. Los burgueses de mostrador, usureros y comerciantes, que acapararon el poder político, no tenían el menor interés en impulsar el ascenso de las manufacturas locales, muertas en el huevo cuando el libre cambio abrió las puertas a la avalancha de las mercancías británicas. Sus socios, los dueños de la tierra, no estaban, por su parte, interesados en resolver «la cuestión agraria», sino a la medida de sus propias conveniencias. El latifundio se consolidó sobre el despojo, todo a lo largo del siglo XIX. La reforma agraria fue, en la región, una bandera temprana»⁸.

VIII

El descuartizamiento de América provocó el surgimiento de las naciones que la componen. En la tercera década del siglo XIX, como consecuencia de la alianza de sectores localistas y foráneos que apostaban a la desunión continental, los colombianos, los ecuatorianos, los panameños y los venezolanos, no pudieron evitar la disolución de la Gran Colombia. Los bolivianos y los peruanos no pudieron evitar la disolución de la Confederación Peruano – Boliviana. Y los costarricenses, los guatemaltecos, los hondureños, los nicaragüenses y los salvadoreños, no pudieron evitar la disolución de la República Federal de Centro América. Este proceso de *balcanización* condujo inevitablemente a la producción de una serie de guerras fratricidas. Así, los argentinos y los uruguayos lucharon con los brasileños (1825 – 1828 y 1851 – 1852). Los paraguayos lucharon con los argentinos, los brasileños y los uruguayos (1865 – 1870); y con los bolivianos (1932 – 1935). Y los chilenos lucharon con los bolivianos y los peruanos (1879 – 1883). A esto, debemos agregar los efectos separatistas de la ingerencia extranjera: una ingerencia permanente y corrosiva que alcanzó sus puntos más álgidos cuando los argentinos enfrentaron a los franceses (1838 – 1840), y a los franceses y los ingleses conjuntamente (1845 – 1850); cuando los mexicanos enfrentaron a los franceses (1838 – 1839 y 1862 – 1867), y a los estadounidenses (1846 – 1848); y cuando los chilenos y los peruanos enfrentaron a los españoles (1865 – 1871). Por otra parte, en las primeras cuatro décadas del siglo XX, los cubanos, los dominicanos, los haitianos, los hondureños, los mexicanos,

los nicaragüenses y los panameños, padecieron las intervenciones armadas de los estadounidenses. A pesar de los actores que operaron desde adentro y desde afuera, para preservar y acentuar este estado de cosas, todas las fuerzas políticas y sociales de carácter popular y nacional que se destacaron a lo largo del siglo XX, reivindicaron sus rasgos latinoamericanos y, por ello, sus aspectos comunes. A tono con esto, en los últimos tiempos, la presencia de Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Luiz Inacio Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Michelle Bachelet en Chile, Fidel Castro y Raúl Castro en Cuba, Rafael Correa en Ecuador, Daniel Ortega en Nicaragua, Fernando Lugo en Paraguay, Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay, y Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela, produjo un cambio significativo en la política continental que tendió a la unión, la integración y la autonomía regional. Tal cambio se tradujo en las decisiones del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Y, por otra parte, se manifestó en cuestiones puntuales como la oposición al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), promovida por el presidente estadounidense George Walker Bush, durante el desarrollo de la Cuarta Cumbre de las Américas, en la ciudad de Mar del Plata, con el objeto de extender las condiciones fijadas a Canadá y México, a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN); la solución del conflicto que se produjo entre Colombia y Ecuador, y del conflicto que se produjo entre Colombia y Venezuela; la oposición al intento de derrocamiento de Evo Morales (presidente de Bolivia), y al intento de derrocamiento de Rafael Correa (presidente de Ecuador); la condena al derrocamiento de Manuel Zelaya (presidente de Honduras), y al derrocamiento de Fernando Lugo (presidente de Paraguay); la condena a la actuación de los *fondos buitres*; etc.

IX

Por un lado, la idea de *Patria Grande* remite al pasado; a un período real, concreto e histórico; al ingreso del continente en la etapa emancipatoria como una totalidad que fue convertida por la política británica en un conjunto de Estados independientes y rivales. Por el otro, remite al futuro, a una utopía maravillosa, a la construcción de una entidad que comprenda a cada uno de los Estados que componen la América Latinoamericana y Caribeña. Es decir, combina el deseo de volver a *algo* que fue y el deseo de alcanzar *algo* que puede ser y que, según algunos, va a ser necesariamente, más allá del tiempo que transcurra hasta el momento de su concreción. Establece un vínculo entre la añoranza y la esperanza. Demuestra

que las dos cuestiones (la del retorno a *eso* que fue y la de la llegada a *eso* que puede ser), son inseparables. Y, como consecuencia de lo expuesto, convierte al pasado y al futuro en dos realidades que forman parte del presente. El período recordado con nostalgia no aparece como un *Paraíso Perdido* o como una *Edad Dorada*. Quienes piensan en él saben que no representó ninguna de esas cosas para muchos de los españoles nacidos en Europa que llegaron a América, ni para la mayoría de los españoles nacidos en el continente, ni para los indios que fueron sometidos al régimen de la encomienda, ni para los africanos y los descendientes de africanos que fueron sometidos al régimen de la esclavitud. Mas, quienes vivían en un punto del continente no veían a los que vivían en otro como si fuesen unos extraños. La división de América en virreinos y capitanías generales no era una división real, sino una división administrativa. Y, por esta razón, los blancos, los indios, los negros, los mestizos, los mulatos y los zambos de entonces, concebían a América como un *todo* y a cada una de sus regiones como una parte de ese *todo* que no tenía un sentido aisladamente. A raíz de esto, el otro extremo de la relación (la concepción del futuro), aparece como una posibilidad que tiende a recrear el pasado y a subsanar los males del presente (que no son más que reiteraciones o derivaciones de los males que acompañaron los tiempos idos).

X

La *Patria Grande*, entendida como un retorno al pasado que trasluce la reconstrucción de una unidad perdida y como un avance hacia el futuro que transparenta la construcción de una unidad que supere a la originaria, representa un desafío. ¿Podremos afrontarlo con éxito? No lo sé. Las posibilidades de encontrarnos al final del camino con un triunfo o un fracaso son similares. No obstante, la ejecución de tal empresa resulta imposible si no vemos los problemas actuales desde aquí, es decir, desde el continente que nos alberga. En este sentido, las *corrientes del revisionismo histórico* y las *pedagogías del sur* nos brindan un aporte invaluable. El conocimiento del pasado nos demuestra que, desde el principio, los pueblos fueron los sujetos de la historia y tuvieron, al igual que las personas que los lideraron, un sentimiento latinoamericano. A su vez, la existencia de un *colonialismo cultural* que presenta versiones del pasado y del presente que son falsas exige la implementación de un conjunto de prácticas que ayuden a modificar tal situación. O, dicho de otra manera, tenemos que ver las cosas, por ejemplo, con los ojos de la mujer común y corriente que exhibe su desnudez en *El despertar de la criada* de Eduardo Sívori, de los indios que atraviesan la pampa con una cautiva en *La vuelta del malón* de Angel Della Valle, del hombre y de la mujer que traslucen su hambre y su

desesperación en *Sin pan y sin trabajo* de Ernesto de la Cárcova, de los trabajadores portuarios que trasladan las bolsas que yacen sobre sus hombros en *Elevadores a pleno sol* de Benito Quinquela Martín, y de los individuos anónimos que aparecen en *El hombre controlador del universo* de Diego Rivera, *Manifestación* de Antonio Berni, *Katharsis* de José Clemente Orozco, *Nueva democracia* de David Siqueiros y *Quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos* de Ricardo Carpani. Esto también significa que tenemos que aprender a vernos sin ninguna clase de atenuante que distorsione nuestra visión, aunque la imagen que aparezca ante nosotros sea dolorosa en algunos casos. O, con más claridad, tenemos que hacer como Frida Kahlo, cuando se autorretrató con crudeza, en *La columna rota*.

XI

Si Latinoamérica es como una mujer que tiene la columna rota, ¿cuál es, entonces, la columna del continente? La respuesta no es complicada. Las vértebras de esa columna están representadas por los elementos que los pueblos de esta parte del mundo tienen en común, independientemente de las particularidades que los diferencian. Latinoamérica, tal como lo expresamos con anterioridad, es como el cuerpo de Túpac Amaru. Es una realidad descuartizada. Pero, ese descuartizamiento sólo fue posible porque los descuartizadores rompieron su columna en forma previa. Por esta causa, debemos hablar de la reparación de la columna antes de analizar la reconstrucción del cuerpo. Únicamente, Túpac Amaru volverá a tener un cuerpo entero cuando Frida Kahlo vuelva a tener una columna sana.

¹ BOLESLAO LEWIN, *Túpac Amaru. Su época, su lucha, su hado*, Editorial Leviatán, Buenos Aires, 1995, ps. 177-179.

² La versión francesa de una carta atribuida a Américo Vespucio; fechada en Lisboa, el 4 de septiembre de 1504; y dirigida a Pier Soderini (gonfaloniero perpetuo de Florencia); llegó a las manos de Renato (duque de Lorena). De allí, pasó al Gimnasio Vosgo (comunidad de eruditos que, bajo la protección del duque, preparaba la publicación de una versión latina de la *Geografía* de Ptolomeo). Y, de allí, terminó en poder de Martín de Waldseemüller (miembro del Gimnasio que estaba a cargo de la redacción de la *Cosmographiae Introductio*, es decir, de la introducción correspondiente a esa *Geografía*). Dicha versión fue traducida al latín, modificada para que no tuviese como destinatario a Soderini sino a Renato e incluida como apéndice en la *Cosmographiae Introductio* (obra que presenta a las tierras descubiertas con el

término *América*). Este nombre reapareció en las ediciones posteriores de la *Geografía*. Y, más tarde, migró a los mapas sueltos, obteniendo una recepción favorable en Alemania, Italia, Francia e Inglaterra. Recién, a mediados del siglo XVIII, sustituyó a la denominación *Indias Occidentales* en España.

³ GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, p. 201. En la misma obra, el filósofo alemán explicó las razones de tal fenómeno: “[...] *América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc.; pero estas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el Nuevo Mundo tan nutritivos como los del viejo. Hay en América grandes rebaños de vacunos; pero la carne de vaca europea es considerada allá como un bocado exquisito*”. “*Por lo que a la raza humana se refiere, sólo quedan pocos descendientes de los primeros americanos. Han sido exterminados unos siete millones de hombres. Los habitantes de las islas, en las Indias occidentales, han fallecido. En general todo el mundo americano ha ido a la ruina, desplazado por los europeos. Las tribus de la América septentrional han desaparecido o se han retirado al contacto de los europeos. Decaen poco a poco y bien se ve que no tienen fuerza bastante para incorporarse a los norteamericanos en los Estados libres. Estos pueblos de débil cultura perecen cuando entran en contacto con pueblos de cultura superior y más intensa [...]*” (p. 171). “[...] *Mucho tiempo ha de transcurrir todavía antes de que los europeos enciendan en el alma de los indígenas un sentimiento de propia estimación. Los hemos visto en Europa, andar sin espíritu y casi sin capacidad de educación. La inferioridad de estos individuos se manifiesta en todo, incluso en la estatura. Sólo las tribus meridionales de Patagonia son de fuerte naturaleza; pero se encuentran todavía sumidas en el estado natural del salvajismo y la incultura. Las corporaciones religiosas los han tratado como convenía, imponiéndoles su autoridad eclesiástica y dándoles trabajos calculados para incitar y satisfacer, a la vez, sus necesidades [...]* Esta manera de tratarlos, es indudablemente, la más hábil y propia para elevarlos; consiste en tomarlos como a niños. Recuerdo haber leído que, a media noche, un fraile tocaba una campana para recordar a los indígenas sus deberes conyugales [...]”. “*Así, pues, los americanos viven como niños, que se*

limitan a existir lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados. Las debilidades del carácter americano han sido la causa de que se hayan llevado a América negros, para los trabajos rudos. Los negros son mucho más sensibles a la cultura europea que los indígenas [...]” (ps. 171-172).

⁴ ARTURO JAURETCHE, *Manual de zoncetas argentinas*, Corregidor, Buenos Aires, 2002, p. 29.

⁵ JOSE MARTI, *Nuestra América*, Ediciones El Andariego, Buenos Aires, 2005, p. 9.

⁶ BERNARDO MONTEAGUDO, *Sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización*; en PACHO O'DONNELL, *Monteagudo. La pasión revolucionaria*, Planeta, Buenos Aires, 1998, ps. 225-226.

⁷ JUAN DOMINGO PERON, *El proyecto nacional. Mi testamento político*, El Cid Editor/Fundación para la Democracia en Argentina, Buenos Aires, 1984, p. 35.

⁸ EDUARDO GALEANO, *Las venas abiertas de América Latina*, siglo XXI editores, Buenos Aires, 1985, ps. 185-187.